

Miqueas 5:2-4

Sermón Miqueas 5:2-4 Adviento 4 2009

- ²Pero tú, Belén Efrata,
tan pequeña entre las familias de Judá,
de ti ha de salir el que será Señor en Israel;
sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos,
a los días de la eternidad.
- ³ Pero los dejará
hasta el tiempo que dé a luz
la que ha de dar a luz,
y el resto de sus hermanos
volverá junto a los hijos de Israel.
- ⁴ Y él se levantará y los apacentará
con el poder de Jehová,
con la grandeza del nombre de Jehová, su Dios;
y morarán seguros,
porque ahora será engrandecido
hasta los confines de la tierra.
- ⁵ Él será nuestra paz.

Estamos a menos de una semana de celebrar el cumpleaños más importante en el mundo. Algo pasó en el pequeño pueblecito de Belén hace más de dos mil años que debe causar regocijo y celebración para todos nosotros los pecadores. En nuestro texto el profeta Miqueas busca consolar a los pocos creyentes de su día con una gloriosa profecía de lo que sucedería un día en Belén, y al relatar la gloria de lo que sucedería allí da también a nosotros consuelo y motivo de celebración. Y tú también, quienquiera que seas, puedes estar gozoso por este nacimiento, porque el mensaje de Miqueas es: **De Belén viene tu rey eterno. I. Procede de un lugar humilde. II Pero es el Dios todopoderoso y eterno. III. Su reino será eterno e universal. IV. Él establece la paz.**

Belén. Un pueblo insignificante en el tiempo a que se refiere la profecía. Miqueas dice que fue demasiado pequeño para que fuera contado entre los clanes de Judá. Fue un lugar insignificante en una nación que había venido a menos. Hasta que la madre diera a luz a este niño, el mismo pueblo del que provino sería entregado por Dios a sus enemigos, cosa que realmente sucedió con las opresiones sucesivas de Babilonia, Persia, los griegos y los romanos. De hecho, el rey extranjero

Herodes era el gobernante en el tiempo predicho por el profeta, y él era sólo el vasallo del emperador en Roma.

Sin embargo, en el mundo entero ahora se canta lo que sucedió en ese pueblo insignificante. ¿Por qué? Porque allí sucedió el nacimiento más importante en la historia de la humanidad. ¿Quién es este niño que una madre daría a luz en Belén? Al pueblo de Belén se le dice: “de ti ha de salir el que será Señor en Israel”. Será un gobernante, un rey. Será el que reinará en Israel. En realidad, sería el descendiente prometido de David que restauraría el reino caído de David. Pero sería mucho más que sólo un gobernante humano, aunque nacería de una madre humana como verdadero hombre. También se dice de él que “sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad”. Pero en la eternidad sólo existía Dios. Así este niño que nacería para reinar sería también el verdadero Dios eterno. Otras profecías de su venida nos garantizan lo mismo. Por ejemplo, Isaías dice que se le llamará Emanuel, lo cual significa “Dios con nosotros”. También en otro lugar dice que se le llamará “Dios fuerte”.

Pero los reyes nacían en Jerusalén, y este niño nacería en la pequeña Belén. Y cuando nació no había nada para indicar que tendría un futuro tan glorioso. Más bien, nace en un establo. Su primera cama es la caja donde los animales se alimentaban. Tenía que ser cargado y amamantado por su madre, una joven pobre que tuvo que alojarse en el establo cuando dio a luz. Pero así es como Dios suele hacer las cosas. No fue el adolescente Ismael que sería el heredero de Abraham, sino el pequeño niño nacido de Sara de quien Ismael se burló. No fueron los hijos mayores, fuertes y apuestos de Isaí que Dios escogió para ser rey en Israel, sino el joven pastor David, que su papá ni pensaba que valía la pena mencionarlo. Y así sería con el hijo mayor de David, Jesucristo. A pesar de sus circunstancias humildes que no daban nada de la apariencia de un rey, él establecería un reino que duraría por toda la eternidad.

Ese niño que nacería en Belén sería en verdad el que gobernaría a Israel. Más que sólo un soberano humano, sería el Rey de reyes y Señor de señores. Haría lo que ninguno podía hacer, no sólo restaurar el pueblo de Dios, sino también incorporar a las naciones gentiles en su reino.

En verdad, la venida de este rey significaría liberación para su pueblo oprimido. Esto se retrata en nuestro texto así: “y el resto

de sus hermanos volverá junto a los hijos de Israel”. Si bien el pueblo de Dios sería abandonado por causa de sus pecados hasta la venida de este rey, ahora el pueblo, todo el pueblo, Judá e Israel, sería restaurado. Lo que está retratando aquí con términos físicos es la gran liberación espiritual que trae el rey de los judíos. Significa la derrota de los grandes enemigos del pueblo, el pecado, la muerte, el infierno. Este regreso no es tanto un regreso físico, sino la conversión, el volver a su Dios y Salvador. La palabra de la victoria y el misericordioso reinado de este rey produciría en los corazones agobiados por sus pecados y su condenación la alegría y el gozo de la liberación.

“Y él se levantará y los apacentará”. Quiere decir, su reino quedará firme. Podrá resistir a todos los enemigos. Aun cuando Satanás ataque acusándonos de nuestros pecados, porque Cristo mismo ha pagado por estos pecados nos asegura la Escritura: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”. El que nació en circunstancias humildes en Belén y parecía ser derrotado en la cruz, más bien con eso establece un reino eterno y firme para todos los pecadores que se refugian en él, creyendo que él ya ha pagado toda su deuda de pecado y ha obtenido perdón de todos sus pecados.

Y nos alimenta. La dieta es rica y abundante. Mediante palabra y sacramento nos asegura nuestra salvación y restaura nuestra esperanza. Mediante la predicación de su evangelio de liberación y perdón llama a personas de los rincones más remotos de la tierra a ser sus benditos súbditos en su reino. Él apacienta con el poder de Jehová, con la grandeza del nombre de Jehová, su Dios. Revela a nosotros el propósito salvador de Dios y cumple ese propósito. Esto lo anuncia diaria y abundantemente en el evangelio para asegurarnos diariamente que nuestros pecados son perdonados y que estaremos con él siempre. Y así, él es engrandecido hasta los confines de la tierra.

Él mismo es nuestra paz. Aunque en nosotros no había más que pecado y transgresión, y por tanto estábamos bajo la ira de Dios, Cristo nació para reconciliarnos con el Padre. Y efectivamente Pablo también nos escribe en Efesios 2:14: “Él es nuestra paz”. Es, como Isaías profetizó, el Príncipe de paz. En Romanos Pablo nos dice que “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Y no sólo ha

hecho la paz con Dios al quitar nuestros pecados, con esto también ha hecho la paz entre las personas. ¿Cómo podemos guardar rencor y enemistad hacia hermanos que igualmente han sido redimidos por este niño de Belén?

¿Qué podemos aprender de esta profecía de este pueblo al parecer insignificante, pero de que Mateo puede decir en vista de lo que sucedió allí: “no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá”? ¿Qué de ese niño tan pequeño y al parecer tan impotente? Cuando miramos a nosotros mismos y nuestras circunstancias, ¿no nos parecemos insignificantes también? No tenemos las multitudes como algunas otras iglesias. Tal vez no parezca que podamos influir mucho en la vida de nuestra comunidad y en nuestros vecinos. Pero estamos aquí como siervos de este rey humilde que precisamente al humillarse a la muerte y muerte de cruz ha obtenido redención para nosotros y para el mundo. Y cuando fielmente en nuestras conversaciones hablamos el bendito evangelio de nuestro Señor Jesucristo y cuando humildemente vivimos conforme a su voluntad, podemos estar seguros de que tan seguro como él es el rey eterno que ha conquistado nuestros enemigos, lo que hacemos por él también tendrá resultados y bendiciones eternos. Una de las lecciones de Belén y lo que sucedió allí es que Dios no necesita grandes apariencias para hacer grandes cosas con los medios más humildes. Así seamos fieles súbditos de este bendito Rey. Comuniquemos su mensaje a nuestros vecinos y conocidos. Confiemos que aunque no siempre veamos resultados inmediatos, Dios no dejará que su palabra se vuelva vacía.

Así regocíjense en este rey humilde que nació en Belén y ha ganado para nosotros un reino eterno de paz, perdón y gozo. Y alentemos unos a otros con su mensaje de paz y perdón. Como su reino es eterno, sea nuestro gozo también eterno, en Cristo, nuestro rey Salvador, nacido en Belén.

Amén.